

HISTORIA DE UN ESFUERZO

Esta es la historia de Andrés. Cuando nació sus padres no se dieron cuenta de nada y sólo se fijaron con el paso del tiempo... el pequeño no gateaba como los demás niños. Al intentarlo, se arrastraba sin mover sus piernas. Pronto salieron de dudas en la consulta del médico: una grave enfermedad le impediría disfrutar el resto de su vida de algo tan normal como caminar, correr, nadar, bailar...

La primera vez que se sentó en su silla de ruedas le pareció gracioso, pero enseguida supo que jamás se despegaría de ella y sería su inseparable compañera el resto su vida.

En muchas ocasiones Andrés estaba ausente, se quedaba aislado, sin hablar con nadie, porque creía que se dirigían a él por lástima eso le hacía sentirse aún peor, sumido en una profunda tristeza eligió compadecerse y no hacer buenos amigos. Andrés aún no sabía que su invalidez podría ser una recompensa, en lugar de un castigo.

Por suerte, se relacionaba con Sara, que se sentaba a su lado en clase y, además de ser su vecina, se conocían desde niños. Con ella compartiría todo lo que le pasaba por la cabeza, especialmente sus sueños: jugar al fútbol, al escondite, correr... Aquello que veía hacer al resto de los niños que le rodeaban pero que éé jamás podría realizar, Sara era una verdadera compañera que sabía escuchar con atención, por eso no tenía ningún tipo de vergüenza en compartir con ella su tristeza. Eran amigos para lo bueno y para lo malo.

Con el paso del tiempo Andrés se convenció de que el resto de los niños no sabían aprovechar las cosas normales de las que podían disfrutar. Corrían y saltaban como si tal cosa, sin darse cuenta de la maravilla que suponía utilizar sus piernas. ¿Le hubiera gustado tanto hacer atletismo! era su gran pasión. No se perdía ninguna competición que pasaran por la tele y, cuando veía a los chicos de su colegio entrenar, lloraba y se refugiaba en su mundo. Sólo recuperaba la sonrisa cuando Sara estaba a su lado, era una gran amiga.

Su amiga se dio cuenta de que tenía que ayudarle y,

tras pasar varias noches en vela, se le ocurrió una gran idea: que entrenara en un equipo paralímpico. Como su padre era profesor de gimnasia, pensó que podría ayudarles para buscar un buen entrenador para Andrés.

Cuando se lo comentó, una enorme sonrisa se dibujó en su cara, su amigo había encontrado un motivo para esforzarse, trabajar duro y lograr su sueño. Empezó a cambiar su actitud con todo el mundo, se le veía más ilusionado y las lágrimas desaparecieron de su rostro.

Como no podía competir en atletismo cambió la tierra por el agua y pasó horas y horas en la piscina del colegio luchando por batir su propio récord. Por fin llegaron buenas noticias los jueces que visitaban los colegios para elegir a los deportistas que competirían en los próximos Juegos Paralímpicos, repararon en él. Cuando le comunicaron a Andrés que podría participar en unas olimpiadas, no pudo contener la emoción, estaba junto a Sara. Ella le sujetó la mano, y por primera vez en su vida, las lágrimas que rodaron por su mejilla no fueron de tristeza sino de profunda

alegría. Los juegos de Río de Janeiro empezaban en verano,
y era demasiado pronto, pero para los siguientes, estaría prepara-
do y formaría parte del equipo.

Gracias, esa palabra se le dibujó a Andrés en la frente
durante mucho tiempo. Gracias a Sara por creer en él. Gracias
a los entrenadores que le animaron a trabajar duro. Gracias
a sus padres por quererle.

Por cierto, estamos en el año 2024 y debo decir que Andrés
ha ganado cuatro medallas de oro.